

**PUBLICADO EN LA REVISTA BIOÉTICA Y CIENCIAS DE LA SALUD, VOL5 N°1.
SECCIÓN: OPINIÓN**

CLONACIÓN: ENFERMEDAD DEL GUSTO Y NUEVA RELIGIÓN

**MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA. DOCTOR EN MEDICINA Y BIOÉTICA,
LICENCIADO EN TEOLOGÍA MORAL**

El debate ético en el campo de la Medicina y la Biotecnología se vuelve a reavivar con la noticia del pasado veinticinco de noviembre en la que se comunica la realización de clonaciones de embriones humanos con uso “exclusivamente terapéutico” en una empresa privada estadounidense.

Las cuestiones éticas en el campo de la salud humana tienen unas raíces mucho más profundas de lo que en un principio cabría pensar. Una visión superficial no va más allá de confrontar posturas contrapuestas, clonación sí o clonación no, sustentadas sobre principios más o menos convincentes y en muchas ocasiones más bien fruto de la visceralidad y la improvisación que de una reflexión seria y contrastada. Me gustaría ofrecer en estas líneas algunos puntos que, obviamente, sin pretender dar una respuesta global a un problema complejo y con muchas implicaciones como el que nos ocupa, constituyen sencillamente una invitación a la reflexión.

Me parece que el debate de la clonación debe situarse en el contexto del modo en que el hombre se presenta ante la realidad y, particularmente, ante el misterio de la vida. La posición de los grandes pensadores clásicos, tanto en la cultura occidental como en las orientales, siempre ha sido de asombro y de interrogación ante la realidad, comprendida como don que se ofrece, y que suscita el afán de gozar y conocer siempre con mayor profundidad el

maravilloso espectáculo del mundo y de la vida. Este modo de disfrutar y conocer conlleva una actitud de acogida, respeto y responsabilidad. El hombre responde humanamente cuando se empeña en respetar y promocionar la bondad de la realidad en el que sin su permiso se encuentra inmerso, haciéndose responsable de ella como un don. Esta respuesta positiva de acogida y respeto perfecciona al hombre en sí mismo, le permite crecer en humanidad y en un vivo sentido de agradecimiento.

La mentalidad surgida a partir de la modernidad no se presenta ante el fascinante espectáculo de la realidad con esta actitud de asombro, sino con un afán de dominio y de poder. La realidad y la vida no son vistos ya como misterios que hablan y que permiten descubrir la nobleza que se esconde en toda criatura humana, sino que se convierten en una *res extensa*, a modo cartesiano, materia que puede y debe ser sometida y dominada por una voluntad (¿quizás capricho?) omnímoda transformada en poder.

El misterio de la vida naciente, en esta lógica de la dominación, queda reducido a un simple proceso de generación vital que el hombre puede y, por tanto, debe someter y controlar. No creo que exista discontinuidad entre la clonación “terapéutica” y la problemática de la píldora del día después, que impide la anidación del nuevo ser en el útero materno, o las nuevas técnicas de reproducción. La lógica interna que subyace a todos estos procedimientos es la misma. El hombre sabe cómo intervenir en el proceso de la generación del ser humano y por eso no sólo puede, sino que debe intervenir para regularlas y someterlas a su antojo. De este modo el inicio de la vida pierde sus dos dimensiones constitutivas más preciosas que son su carácter humano y su carácter personal. El embrión no es considerado ni hombre ni persona desde el momento de su concepción. El

hombre es incapaz de reconocer tal dignidad (no de darla, pues tal dignidad no puede ser dada por nadie sino que es inherente al mismo ser humano). La voluntad de poder del hombre le impide proceder con la humildad del re-conocimiento. Las realidades, en la lógica del poder, tendrán dignidad en la medida en que el hombre se las de.

El carácter humano de la nueva vida concebida es de este modo descaradamente negado por una sutil manipulación nominalista: no se habla de nuevo ser humano que merece acogida, admiración, respeto y cuidado. El término pre-embrión, que ha sido ya desechado incluso por la comunidad científica por constituir un insulto a una inteligencia medianamente sana, ha sido reemplazado por el de conglomerado celular, agregado celular, cigoto, blastocisto o cualquier otro nombre técnico que poseen ciertamente validez descriptiva o técnica, o a lo sumo, fenomenológica, pero que no alcanzan a revelar la verdad y bondad íntima de esta nueva realidad que es simple y llanamente una nueva persona humana. Y en esta simplicidad se descubre su grandeza: la novedad de una vida humana. No es tarea de la ciencia decir quién es el hombre, pues es ésta una realidad que escapa a los parámetros empíricos y constatables propios de la ciencia empírica.

Las nuevas técnicas de reproducción expulsaron a la nueva vida de su sistema ecológico apropiado, el ser concebida en el acto de amor de unos padres que se unen porque se quieren, siendo la fecundidad la prolongación del amor que tiende a perpetuarse encarnándose en un hijo. Porque el único lugar digno para acoger el misterio de la nueva vida es el amor. El ser humano es expulsado del único hábitat digno para ser concebido y es confinado a la frialdad de la técnica y del laboratorio,

sumido en un cálculo de probabilidades y destrezas técnicas, producido como uno más y abandonado a su propia suerte. Fue éste su primer despojo.

La clonación añade el segundo despojo que consiste en su venida a la existencia no ya ni siquiera a partir de la unión “fisiológicamente normal” entre espermatozoide y óvulo en el exilio del laboratorio, sino de la certera incisión en un óvulo activado y la aséptica inyección de material genético (entre otros métodos de clonación más o menos similares pero caracterizados por la misma prepotencia, indiferencia y falta de respeto).

Si al nuevo ser humano-embrión le quedaba alguna dignidad, ésta es absolutamente negada con el apellido de la clonación: “terapéutica”. El apellido “terapéutica” dice al embrión: te hemos concebido para utilizarte. Tú no nos interesas, nos interesan tus células totipotenciales que usaremos como material de recambio para arreglar unas arterias obstruidas, curar a otra persona que padece diabetes o Parkinson. Ellos son más importantes que tú, porque a ellos les vemos y nos financian, mientras que tú eres pequeño e insignificante para nosotros. Porque aunque nuestros principios expresen teóricamente la igual dignidad entre las personas humanas, el embrión no es persona porque éste es un atributo que no se ve en el microscopio. Y lo que no se ve en el microscopio o no es empíricamente constatable, simplemente no existe. Prevalece la ley del más fuerte: la vida del pequeño debe emplearse para sostener al grande y poderoso.

Pero el problema de la clonación no sólo influye en el nuevo ser clonado. Es también un problema de quienes lo clonan y quienes permiten y sostienen la clonación, no por mala voluntad, sino por una incapacidad de reconocer la cualidad moral de las acciones. El hombre de la

postmodernidad padece la enfermedad del gusto. Así lo describía Aristóteles y los pensadores griegos (y fue posteriormente recogido y reelaborado en categorías cristianas por los teólogos medievales), para describir a las personas que son incapaces de reconocer adecuadamente el bien o el mal de las acciones morales porque carecen precisamente de una connaturalidad con el bien. Así como un gusto enfermo es incapaz de reconocer el buen alimento y diferenciarlo del que está en mal estado, la persona que ha perdido el horizonte de la verdad y el conocimiento experiencial y afectivo del bien es incapaz de distinguir las acciones buenas de las que no lo son. Y lo que abunda en nuestra sociedad postmoderna es esta epidemia moral: la enfermedad del gusto.

El hombre ha perdido esta connaturalidad con el bien. El discurso ético queda reducido, a partir de una ética de inspiración kantiana y todos sus parientes, que se sitúan en una concepción moral de raíz similar (como son el utilitarismo, el consecuencialismo o la ética del consenso), a un discurso simplemente especulativo o racionalista. Las éticas que actualmente prevalecen en nuestra sociedad (y de modo particular en el mundo científico podrían llamarse neokantianas), hijas de la postmodernidad, pueden ser comparadas a una gran piruleta colorada que en la medida que se utiliza adormece el «sentido del gusto» e incapacita para reconocer el bien no de modo especulativo (porque el bien no puede conocerse con la sola inteligencia) sino de modo afectivo y experiencial, es decir, como afirma la tradición clásica griega y la tradición cristiana, por medio de las virtudes (concepto eliminado no sólo en la ética contemporánea, sino también en nuestra cultura y en nuestra educación, algo sobre lo que habría

mucho que reflexionar) que inclinan al hombre por cierta connaturalidad a reconocer y realizar acciones buenas.

Sólo el hombre virtuoso (es decir, quien vive la vida buena), y que vive una vida honesta y sana en una comunidad de personas que buscan el bien en la verdad e intentan crecer en él, es capaz de reconocer de modo experiencial e inmediato la bondad de las acciones. Y no porque haga grandes y complicados discursos sobre sistemas morales (para ser bueno no es condición *sine qua non* estudiar ética, sino vivir en una comunidad buena y virtuosa, capaz de modelar nuestra propia subjetividad moral), sino porque por sus buenas disposiciones (su «gusto sano») es capaz de reconocer con inmediatez la cualidad moral de sus actos. Los sistemas éticos actuales tratan de justificar “especulativamente” la razonabilidad de la clonación debido a su utilidad, su oportunidad, sus posibilidades con respecto a los avances técnicos, pero curiosamente nunca hablan de si una técnica así es buena en sí misma (no simplemente en función de su utilidad) y, lo que es más importante, ayuda a crecer como persona y en bondad a quien la realiza y en conjunto a toda la sociedad, punto clave de toda ética que se precie de tal.

Porque los actos humanos repercuten en quien los realiza. Este es el gran olvido de la ética postmoderna. El problema de robar una cartera no sólo es cuestión de falta de justicia con el perjudicado, sino que su problema principal es que yo me convierto en ladrón. Las acciones afectan, modelan a la persona que las realiza y son decisivas para su configuración moral (así vemos en nuestra sociedad que muchos roban con guante más o menos blanco, pero siempre largo, y curiosamente nunca se reconocen ladrones; los ladrones son siempre los demás): una persona adquiere la

cualidad moral que sus actos le comunican. Las éticas postmodernas, capaces de justificar teóricamente la clonación, se instalan como árbitro que miran la acción externamente a modo de espectador de partido de fútbol, pero son incapaces de colaborar en que los hombres crezcan en humanidad, bondad y libertad auténtica. Y por eso son incapaces de conseguir que la dignidad humana, de cualquier condición (débil o fuerte, rica o pobre, embrionaria, infantil, disminuida, olímpica o anciana) sea siempre respetada y promovida como don que permite el crecimiento moral y personal de todo hombre. Toda persona es un don que permite el crecimiento recíproco como persona.

La enfermedad del gusto es característica de la nueva religión: el científicismo. El dogma fundamental de esta religión, que se extiende a modo de pandemia, es que la ciencia es intocable. Sus dogmas son infalibles y quienes se atrevan con ellos serán tachados de «integristas» o «involucionistas». La bondad de las acciones en esta religión es vista en razón de su utilidad técnica o científica. La clonación es buena porque nos hace avanzar en el conocimiento de la ciencia y en sus aplicaciones terapéuticas. Oponerse a ella es oponerse al progreso de la humanidad, propio de visiones trasnochadas y fundamentalistas.

El único antídoto del científicismo es el redescubrimiento y promoción de la dignidad y de la dimensión personal de todo ser humano. La ciencia no posee la respuesta última al drama de la existencia humana. Ni siquiera la ciencia es neutral y aséptica, pues detrás de cualquier acto humano (y los actos científicos son parte de ellos) se esconde una concepción del mundo y de la vida y una concepción ética particular.

La clonación es la punta del iceberg, de un modo de percibir la realidad y el misterio de la vida, no simplemente una diatriba entre quienes están a favor o en contra de un supuesto progreso. Es más bien un problema de la enfermedad del gusto y de las nuevas religiones (no sólo el cientificismo, sino también el utilitarismo, consecuencialismo, hedonismo,...) que una cuestión técnica.

El hombre postmoderno necesita de una reeducación: el cambio de su mentalidad de poder, que lo lleva a su propia degradación, por una mentalidad contemplativa, de acogida, respeto y responsabilidad. El decir «no» a la clonación no quiere decir «no» a la curación de graves enfermedades o decir «no» al progreso de una ciencia, que en último término no es fin en sí misma, sino que siempre debe ser humana, es decir, al servicio de la promoción de todo hombre. Muchas veces el camino mejor y más humano no es el más fácil y sencillo. Clonar seres humanos es el camino más corto y económico, pero el más perverso porque niega cualquier dignidad o reconocimiento a la vida humana recién concebida. Se concibe la vida no para que crezca y se desarrolle, sino simplemente para utilizarla como producción de material celular. No cabe mayor degradación moral.

Existen alternativas factibles, aunque sean más costosas o complicadas. Es posible conseguir células totipotentes a partir de células indiferenciadas que se encuentran en médula ósea de cualquier adulto (incluso del mismo paciente que necesite ser tratado), de cordones umbilicales o abortos espontáneos. Es cierto: es más caro, más costoso y, por el momento “técnicamente” menos prometedor, pero es más humano y posibilitará que nuestros hijos puedan aún mirarse limpiamente a los ojos sin tener que

avergonzarse de que ciertamente, habremos añadido algunos años de vida (todavía está por ver, y además, no será precisamente a los más pobres de la Tierra que aún esperan que alguien les financie la vacuna contra el paludismo que cuesta menos de un euro) a congéneres nuestros enfermos, pero a costa de haber “producido” otros, tan dignos como éstos (aunque tal dignidad no sea captada por el microscopio), a quienes hemos negado la acogida, el respeto y el honor debidos utilizándolos simplemente como fuente teóricamente inacabable de tejidos humanos.

La enfermedad del gusto comienza a curarse cuando el enfermo vive en un entorno de personas que quieren vivir de cara a la verdad y en el bien, aunque ello conlleve muchas veces el no poder gozar de todo de modo inmediato. La referencia a una comunidad virtuosa que vive la «vida buena» (la santidad en quienes tenemos la suerte de ser cristianos) es indispensable. Todo hombre debería examinarse si las comunidades donde vive son así o precisan de sanación o reconstrucción. Los cristianos tenemos una gran ventaja. Tal comunidad también nos ha sido regalada, la Iglesia, y Quien es Modelo de virtudes ha querido hacerse uno de los nuestros para hablarnos en lenguaje humano de modo que podamos conocer la bondad del mundo y de la vida no por medio de discursos bioéticos largos, complicados y a veces ininteligibles, sino por la experiencia misma de una vida a la que ha precedido un Don y es siempre sostenida por su presencia.

Tal comunidad y tal Persona son un regalo y una medicina ofrecida gratuitamente para toda la humanidad donde el hombre puede aprender a reconocerse verdaderamente hombre. El discurso de la respuesta humana es siempre el mismo: o acogerlo como Misterio que se dona ante el cual

cabe la acogida, la gratitud y el empeño responsable o, -volvemos a las andadas-, el rechazo, la manipulación y la crítica. En la respuesta responsable que cada uno ofrezca está en juego el destino de la humanidad.